



**LECTURA DE LOS ROLES DE PODER ENTRE GÉNEROS
DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE MICHEL FOUCAULT***
Reading the roles of the gender perspective from theory of Michel Foucault

*Diana Carolina Castaño Henao ***

* Artículo de reflexión teórica, desarrollado en la Línea de Investigación en Psicología Social: Socialización Política y Procesos Psicosociales.

** Estudiante de décimo semestre de Psicología. Contacto: il.frosh@gmail.com

SÍNTESIS:

El artículo toma como propuesta teórica los planteamientos derivados de la Psicología Social Crítica, evidenciando el papel del sujeto en la construcción relacional del Saber y del Poder. Posteriormente, se enriquece el análisis del Poder con teorías sobre el género, contrastadas con la propuesta foucaultiana, por considerarse que para el análisis de las relaciones microsociales, dicha perspectiva resuelve y desarrolla aspectos centrales en las interrelaciones de los sujetos.

DESCRIPTORES: Género, roles de poder, dominación, identidad.

ABSTRACT:

The concern of this article is the study of the roles of power in gender relations under the light of Michel Foucault's theory. To achieve this purpose, an approach derivated from the critical social psychology is taken as a theoretical proposal, highlighting the role of the subject in the relational construction of knowledge and power. Subsequently, it enriches the analysis of power with gender theorys, contrasted with Foucault's proposal, on the grounds that, for the analysis of micro social relations, this perspective resolves and develops core aspects in the interrelations of the subjects.

DESCRIPTORS: Gender, Power Roles, domination, identity.

LECTURA DE LOS ROLES DE PODER ENTRE GÉNEROS DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE MICHEL FOUCAULT

Reading the roles of the gender perspective from theory of Michel Foucault

Primera versión recibida: 25 de noviembre de 2009. Versión final aprobada el 7 de marzo de 2012

*Para citar este artículo: Castaño, H. Carolina. (2012) "Lectura de los roles de poder entre géneros desde la perspectiva teórica de Michel Foucault." En: *Graffias Disciplinarias de la UCP*, N° 18: p. 5 - 18*

En el análisis del poder se encuentran diversas propuestas teóricas e investigativas; se habla de instituciones, partidos políticos, lucha de clases, relaciones de dominación y subyugación, etc. En la mayoría de los casos se pueden encontrar análisis sociológicos, en donde "el poder parece la esencia o, si se prefiere, el dato constante de la política" (Aron, 1967, p. 643). De allí que se haga una referencia casi obligada del poder como "el medio inevitable de la política y por consecuencia, el deseo de poder es una de las fuerzas motrices de los procesos sociales" (Aron, 1967, p. 653).

Desde esta perspectiva, el ejercicio del poder es, en sí mismo, una actividad política que implica la capacidad para imponerse sobre la voluntad de un grupo o individuo, a pesar de que este deba ejercer a la fuerza y contra la voluntad de quien o quienes lo resisten (Weber, 1974). Esta serie de consideraciones manifiestan el poder como algo que se encuentra distribuido de manera desigual en la sociedad, lo que lleva a considerar relaciones verticales de dominación en las cuales se legitima el poder. En contraste con la concepción anterior, Michel Foucault reconoce y estudia el poder de manera diferente. Para Foucault, no se trata de algo que se tenga, que pueda poseerse, como una atribución. Por el contrario, Foucault establece una ruptura con la perspectiva tradicional del poder, llevando a cabo un estudio de esta categoría de análisis en un marco relacional, en tanto que el poder se genera en los espacios públicos, en todas las relaciones entre los sujetos.

Este análisis del poder fue fundamental para entender la interacción entre personas, considerando las relaciones de poder y cómo estas no son estáticas, ya que existen y en parte determinan la forma en que los sujetos se relacionan. El estudio de las relaciones de poder que comenzó Foucault constituye un punto de encuentro

para el análisis de diversas categorías. El autor desarrolló un estudio juicioso del poder, pero es necesario considerar que si bien habló de sexualidad, no se interesó en estudiar el tema del poder a la luz del género, ni siquiera considerando el desarrollo de las teorías feministas en su época. Dicho esto, se formaliza la intención del presente artículo en abordar la perspectiva de género llevando a cabo una lectura de los roles de poder manejados desde lo masculino y lo femenino, siguiendo la propuesta teórica de Foucault.

En este orden de ideas, si se quiere abordar la perspectiva de género se hace necesario especificar lo que ella implica. En sentido amplio, el género no es sólo lo que significa ser hombre o mujer, sino la manera cómo define este hecho las oportunidades, los papeles, las responsabilidades, relaciones y participaciones dentro de la sociedad. Por ello, el género es un factor determinante de diferencias sociales existentes entre las personas, reconociendo que en la configuración de la identidad sexual intervienen no sólo características genéticas, sino también estrategias de poder, elementos simbólicos, psicológicos, sociales, culturales, etc. En consecuencia, los roles de poder en los géneros repercuten en la manera de relacionarse y de vivir los procesos de aprendizaje. Cada género se inserta en procesos de trabajo, integración y bienestar diferentes, poseen actitudes y valores distintos, establecen y perciben diferentes relaciones étnicas y culturales, de manera que no se pueden considerar formas de interacción y de abstracción de las realidades concretas e inmóviles.

A partir de estos planteamientos, se reconoce al sujeto no sólo como agente operador del discurso, sino como motor de la construcción simbólica de la realidad. El sujeto como "único agente de significación capaz de actuar de manera simbólica sobre sus propias

prácticas a través del discurso” (Sandoval, 2004 p. 110), posibilitando de esta manera un abordaje teórico enmarcado en la Psicología Social Crítica, en donde la puesta en marcha de la psicología social se realiza desde una estructura teórica diferente a la clásica, a través de cambios tanto en el rol del psicólogo como en la concepción del sujeto, dejando de concebirlo exclusivamente como objeto de estudio, y en consecuencia, cambiando la relación entre ambos. El sujeto es, entonces, concebido no sólo como objeto de estudio, sino además como sujeto de estudio y de conocimiento. El análisis del género en relación con lo psicosocial será desarrollado de una manera más detallada en los epígrafes siguientes, y se convierte en un componente que se encuentra susceptible de variar tanto histórica como socialmente.

Según el sistema cultural en el que se encuentren insertados, se legitiman relaciones desiguales entre géneros, por medio del uso del poder. El concepto de poder, como tal, es elaborado y profundo; cuando se habla de roles de poder entre géneros es necesario observar el ejercicio del poder desde diferentes espacios de la vida pública, como el trabajo, el partido político, la organización social, etc. La propuesta de Foucault estima que “al estar el sujeto inmerso en relaciones de producción y significación, se encuentra a su vez dentro de relaciones de Poder” (Foucault, 1970, p. 123). A pesar de que el poder no es el único aspecto que explica las relaciones humanas y las prácticas sociales, sí es un factor fundamental para tomar en cuenta en la medida en que se concibe que el poder transversaliza toda relación humana, ya que existen contextos históricos que se definen a través de discursos, instituciones, normas, valores, etc.

Estos discursos que subjetivan el sujeto son dominantes, son discursos de poder y de saber, de manera que cada individuo está atravesado por relaciones de poder. Desde el interés del presente artículo, varios son los aspectos que se pueden rescatar de la teoría Foucaultiana para el estudio de las relaciones de género; es así como el presente artículo pretende contribuir en dicha dirección desarrollando dos apartados: En el primero, se aborda la perspectiva de género y su genealogía, en donde se pone de manifiesto su cualidad histórica y social como fenómeno plural y diverso, articulando los conceptos en el análisis de la Psicología Social Crítica. En el segundo apartado, se hace un estudio de los conceptos claves que Foucault considera para entender los roles de poder. Finalmente, se hace una integración de los

aspectos propuestos por Foucault con la perspectiva de género; esto último se realiza con la intención de responder a críticas o vacíos que la propuesta Foucaultiana tiene con respecto a los estudios de las relaciones de poder en los géneros.

Genealogía del Género

El término Género se inauguró como contrapunto del concepto “sexo”, en la década de los 60. Ya con anterioridad, Money (1990) había introducido la noción de rol de género para aludir al papel de la historia de vida de cada persona y a las conductas que los padres asignan a su hijo recién nacido. A partir de esto, se desarrolla en la Psicología todo un abanico de conceptos diferenciales y específicos de la continuidad sexo-género: identidad sexual, identidad de género, rol de género, etc. Asimismo, el feminismo intentó darle un acento político al concepto de género, lo utilizó para combatir el determinismo biológico y para resaltar la importancia decisiva de las prácticas sociales en la situación de inferioridad de las mujeres. El uso del concepto de género se enraza en la necesidad de dar cuenta, comprender, e incluso, denunciar una constitución jerárquica en la relación entre mujeres y hombres. Entre los usos diversos que soporta el concepto de género se puede señalar el que le hace operar en algunos contextos como categoría descriptiva que sustancializa una propiedad de las personas: además de sexo, cada persona construye el género, adquirido o interiorizado, como un rasgo de la personalidad, identidad o esquema permanente. Así, las relaciones de género no pueden entenderse como un fenómeno simple y unívoco, sino como una categoría analítica y como un proceso social. Por tanto, no independiente del tiempo sino, por el contrario, inserto en él, en la historicidad irreductible de las prácticas y las acciones sociales. Tal como señala Scott (1996), “Necesitamos rechazar la calidad fija y permanente de la oposición binaria, lograr una historicidad y una deconstrucción genuinas de los términos de la diferencias sexuales”.

El interés en el tema del género como categoría analítica surge por su cualidad histórica misma. El género se encuentra ausente en muchas teorías sociales ya que estas constituyeron su lógica sobre analogías a la oposición entre hombre y mujer. Otras teorías reconocieron una "cuestión de la mujer", y por último, algunas se plantearon la formación de la identidad sexual subjetiva, pero en ningún caso hizo su aparición el género como forma de hablar de los

sistemas de relaciones sociales o sexuales. Esta omisión puede explicar en parte el silenciamiento que manifiestan estudios contemporáneos para incorporar el término género en los cuerpos teóricos existentes y para convencer a los partidarios de una u otra escuela teórica, de que el género es una parte importante dentro las discusiones de las ciencias sociales.

Una de las autoras que mayor desarrollo investigativo ha presentado al respecto es Scott (1996), quien define el género como “Un elemento constitutivo de las relaciones sociales que se basa en las diferencias que distinguen los sexos”. Esta definición no permite separar nítidamente sexo (lo biológico) de género (lo cultural), como hacen actualmente algunos autores y autoras, ya que las relaciones entre los sexos -y a través de ellas, la diferencia sexual misma- son base para el género. Esta diferencia sexual, es decir, la marca biológica, no es una causa ni un punto de llegada para el análisis del género; es un proceso continuo de ejercicio y actualización: se trata de un todo complejo que construye a los hombres y mujeres como seres diferentes, desiguales en la cultura -sin la intención de legitimar la subordinación de uno sobre otro-. El concepto de género remite de manera evidente a una realidad cultural, en el sentido en que las relaciones de género varían tanto en el tiempo como entre diferentes culturas; pero en este concepto ya está contenido lo sexual, la realidad anatómica y fisiológica, interpretada a su vez de manera distinta por la cultura.

No se trata con esto de caer en una reducción del género a lo cultural, ni de sexo a lo biológico; por lo tanto, se puede plantear que el concepto de género permite descubrir que las identidades femeninas y masculinas no se derivan directa y necesariamente de las diferencias anatómicas entre los dos sexos. Con estas reflexiones, se hace pertinente introducir el interrogante: ¿Qué es y qué implica ser mujer u hombre para la identidad personal y para los comportamientos, roles y funciones sociales?; esta es una cuestión indeterminada directa y sencillamente por un componente biológico. Son las formas de actuar, de expresarse, de incidir, de saberes, discursos y prácticas sociales que moldean en cada cultura las distintas concepciones y actitudes hacia lo femenino y lo masculino; lo cual se podría resumir en los roles asignados y los roles asumidos.

El rol asignado hace referencia a un rol instaurado por el grupo social (llámese para la pertinencia del

presente artículo, “Instituciones”), que puede ser o no asumido por el sujeto. El rol asumido es un rol que se le adjudica a un sujeto y que es legitimado social e institucionalmente, y en consecuencia, su asunción puede llevar a provocar estereotipos sobre uno u otro. Incluso puede decirse que las descripciones y articulaciones de lo masculino y lo femenino, aunque estén vinculadas de manera recíproca, no son equivalentes. No se trata simplemente de una diferencia natural que después se viste con ropajes distintos según las pautas sociales. Podría pensarse, por el contrario, que la propia construcción de lo femenino y lo masculino implica efectos de poder muy diferentes para hombres y mujeres en lo que se refiere a la posición social y a la 'corporeización' de los mandatos hegemónicos. Unos efectos se articulan a su vez con otros elementos que determinan las condiciones de vida, como la hegemonía heterosexual, la clase social o la demarcación y construcción de entidades raciales y étnicas.

Tradicionalmente se pensaba que el sexo, sobre todo el femenino, traía consigo una determinación inevitable. En la sociedad moderna, a partir de la formación del Capitalismo, nacer con genitales masculinos abrió una cierta gama de posibilidades de acción social. Por el contrario, nacer mujer se relaciona con la posibilidad de ser madre y se forzaba -o condenaba- a una única forma de ser y de pensar; para la mujer, la anatomía terminaba siendo el destino. La categoría de género aquí explicitada dota de una herramienta conceptual con la cual explorar las formas de interrelación entre la diferencia sexual anatómica y los condicionamientos culturales, que hacen pensar y vivir esta diferencia de formas determinadas. En suma, esta categoría remite a las relaciones sociales entre hombres y mujeres, a las diferencias entre los Roles de unos y de otros, y permite ver que estas diferencias no son producto de una esencia invariable femenina o masculina; tal como es propuesto desde la plataforma conceptual de la Psicología Social Crítica, desde donde se asume que la cosificación de las categorías sociales conlleva a asumir posturas propias del fijismo, que se oponen a asumir que las categorías sociales son construidas social y culturalmente a partir de la red de relaciones en las que un sujeto se inserta.

En el entramado social, los hombres y mujeres son el producto de procesos sociales sin naturaleza determinada. Una perspectiva de este tipo muestra un marcado antiesencialismo:

“Aquí es imprescindible aceptar la idea de que no existen objetos naturales, de que los objetos son como son porque nosotros somos como somos, los hacemos, tanto como ellos nos hacen, y por lo tanto, ni hay objetos independientes de nosotros, ni nosotros somos independientes de ellos. Frente al mito del objeto no podemos dejar de insistir sobre el hecho de que el propio concepto de 'objeto' es convencional, y depende de lo que decidimos definir como un 'objeto'. Esto significa que ningún objeto existe como tal en la realidad. Lo que tomamos como 'objetos naturales' no son más que objetivaciones que resultan de un conjunto de prácticas que los instituyen como tales mediante un juego de convenciones” (Ibáñez, 1994, p. 251).

De allí que los sujetos no procedan de una supuesta “naturaleza esencial”, en la cual se encuentren contenidos de forma natural, sino que resultan de las prácticas de objetivación, es decir, la racionalización de las experiencias, de los hechos compartidos intersubjetivamente. Se trata, entonces, de un reconocimiento de la naturaleza histórica de los géneros, la cual no se limita sólo a considerar que tienen una historia, sino que tiene unas implicaciones mucho más profundas. Esto indica, que “los fenómenos sociales, las prácticas sociales tienen 'memoria', y que 'lo que son' en un momento dado es indisociable de la historia de su producción” (Ibáñez, 1994, p. 229).

La aceptación del carácter histórico del conocimiento hace reconocer que

“el conocimiento que elabora la psicología social sobre sus objetos de estudio no es un conocimiento que cambia únicamente porque sea más preciso, más rico o más acertado, sino que es un conocimiento que también cambia porque cambian las características de los objetos sobre los que versa” (Ibáñez, 1989, p. 110).

En este sentido, el estudio de los procesos históricos de constitución del género ayudará a comprender su presente, resaltando su no obligatoria repetición en el futuro. El reconocimiento de su cualidad histórica queda manifiesto en el análisis que se propone hacer a la luz de los planteamientos de Foucault, en la medida en que este autor considera imprescindible el estudio de la “Genealogía”, “un desdoblamiento del origen,” de cómo se ha dado la constitución de un sujeto en sí mismo. En otras palabras, la genealogía de los géneros se encuentra presente en su historia.

De allí que pueda afirmarse que su realidad social es intrínsecamente histórica; es decir, resulta en buena medida de las peculiaridades culturales, de las tradiciones, del 'modo de vida' que la sociedad ha ido construyendo a lo largo de su desarrollo. Para Scott (1996), el género es el “campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el Poder”. En efecto, cada quien aprende lo que es el poder desde la infancia, observando y aprendiendo a reproducir las relaciones desiguales entre hombres y mujeres, vividas en el seno de la familia. De esta manera, el género es el conjunto de saberes sociales (creencias, discursos, instituciones y prácticas) sobre las diferencias entre los sexos. Al emplear estos términos, Scott (1996) aclara que los ha tomado en el sentido que les da Foucault. Saber, entonces, remite a “La comprensión sobre las relaciones humanas producidas por las culturas y las sociedades”; el saber es, por tanto, relativo en vez de absoluto y es objeto de luchas políticas, al tiempo que se constituye en uno de los medios por los cuales se construyen las relaciones de poder” (Scott, 1996, p. 16).

Los saberes se producen y se comparten a través de determinados tipos de discursos, desde los científicos hasta los narrativos, tanto como en los relatos de la vida cotidiana. Es allí en esa cotidianidad del discurso, de las acciones diarias, en donde se juegan las batallas que decidirán lo que se considera como verdad, lo que se considera como legítimo, valioso e importante. Allí es, en última instancia, donde se establece quién tiene derecho a tomar determinadas decisiones en la vida social, es decir, quién ostentará cada tipo de poder; “porque si el poder constituye al sujeto, ese poder no cesa en el momento en que el sujeto queda constituido, ya que ese sujeto nunca está totalmente constituido, sino que es producido repetidas veces. Ese sujeto no es ni una base ni un producto, sino la posibilidad permanente de cierto progreso de resignificación, que es desviado y obstaculizado por medio de otros mecanismos de poder, pero que es la propia posibilidad de ser reelaborado”. (Foucault, 1977, p. 25)

Esta visión responde al dinamismo con que Foucault ha caracterizado las relaciones de poder con su propuesta explicitada de promover nuevas formas de subjetividad, más allá de un mero juicio destructor, entendiendo la deconstrucción como una suerte de liberación para un futuro de múltiples construcciones, en donde haya una emancipación de las ontologías que sujetan, y así, permitir que funcionen como un espacio donde podrían llegar a aparecer sentidos no anticipados.

A continuación se mencionan algunos aspectos que desarrolla Foucault con respecto al sujeto y al poder, que son puntos nodales en su propuesta y que a su vez son de pertinencia para una perspectiva de género.

El sujeto y el Poder desde Michel Foucault

No se pretende exponer aquí de una forma exhaustiva y sistemática todo el desarrollo teórico de la obra de Foucault. Se pretende, por el contrario, señalar algunos de los elementos centrales de su pensamiento respecto a las prácticas del poder. Habitualmente, se le considera un pensador sobre la categoría del poder. En lo que concierne al presente artículo, se hace una lectura con el fin de encontrar herramientas para pensar en las relaciones de poder desde una óptica de género.

En el recorrido teórico de Foucault pueden identificarse tres etapas de pensamiento, que dan cuenta de tres momentos diferenciados en los que el autor desarrolla un “análisis de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en la cultura” (Dreyfus y Rabinisu, 1988, p. 227). El primer período fue designado por el propio autor como “Etapa Arqueológica”, en el sentido de las tareas asumidas por las obras, de excavar capas a modo de los arqueólogos, para estudiar las formas históricas de configuración de determinadas espesuras discursivas, de determinados objetos de análisis:

"Hubo un tiempo en que la Arqueología como disciplina de los monumentos mudos, de los restos inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado, tendía a la historia y no adquiría sentido sino por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando un poco con las palabras, que, en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento." (Foucault, 1970, p. 11).

El sentido que Foucault otorga al término "arqueología" no apunta a establecer un origen o determinar un principio, sino a realizar –a la manera de la ciencia arqueológica– una descripción intrínseca de los discursos. Lo que le interesa mostrar es que los sujetos forman parte del campo discursivo, los saberes que han dado forma a los discursos tienen una lógica y racionalidad propia; de ahí que su origen sea de carácter histórico. La arqueología define y caracteriza un nivel de análisis en el dominio de los hechos,

aspecto que se podrá profundizar desde la genealogía. Foucault, retomando sus aportes y rescatando elementos que desarrolló al inicio de su carrera, define la arqueología como “un método para una genealogía histórica, que toma como dominio de análisis los discursos; los discursos considerados como acontecimientos; ligados por reglas de prácticas discursivas” (Foucault, 1990, p. 16).

En el sentido foucaultiano, el análisis histórico va más allá de un estudio tradicional, descriptivo y lineal de los procesos:

“la historia, tal como se practica actualmente, no se aleja de los acontecimientos, extiende por lo contrario su campo sin cesar; descubre sin cesar nuevas capas, más superficiales o más profundas; aísla sin cesar conjuntos nuevos, que a veces son numerosos, densos e intercambiables, a veces raros y decisivos... Pero lo importante es que la historia no considere un acontecimiento sin definir la serie de la que forma parte, sin especificar la forma de análisis de la que depende, sin intentar conocer la regularidad de los fenómenos y los límites de probabilidad de su emergencia, sin interrogarse sobre las variaciones, las inflexiones y el ritmo de la curva, sin querer determinar las condiciones de las que depende” (Foucault, 1970, p. 46).

De esta manera, en su propuesta metodológica lo que subyace es la necesidad de una historia crítica, que cuestione lo dado, lo establecido, rechazando los fundamentos universales, sustituyéndolos por una red de aspectos históricos concretos. A partir de esto, se comienza a desplegar la segunda etapa del pensamiento de Foucault conocida como Etapa Genealógica. La Genealogía es un concepto que trabaja Foucault para estudiar cómo la historia toma forma, fundamentándose en aspectos desarrollados en la “arqueología del saber”. La genealogía busca la procedencia de los hechos sociales, busca las constituciones sociales y rescatar los hechos históricos para explicar fenómenos del presente. El origen, de esta manera, es el producto de las relaciones de poder, de las fuerzas que se oponen, se hace una reconstrucción de la historia a partir de lo que nos interesa, se mira la historia desde el presente, tratando de observar aquellas capas que no fueron visibles en otros momentos históricos, se hace una búsqueda de lo que siempre existió pero estuvo oculto por los discursos de poder-saber institucionalizados.